© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

BIBLIOTECA MIGNON

B.U.L.P.G.C.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

BIBLIOTECA MIGNON

á 0,75 céntimos tomo.

I. V. Medina.—*Aires murcianos*
II. A. Palacio Valdés.—*¡Scio.*
III. Clarín.—*Las dos cajas.*
IV. Wagner.—*Historia de un músico en París.*
V. González Serrano.—*Siluetas.*
VI. J. Valera.—*El pájaro verde.*
VII. Luis Bonafoux.—*Risas y lágrimas.*
VIII. J. O. Picón.—*Cuentos.*
IX. Becerro de Bengoa.—*El recién nacido.*
X. J. O. y Munilla.—*Tremielga.*
XI. J. M. de Pereda.—*Para ser buen arriero...*
XII. Alfonso Daudet.—*Una anécdota del segundo Imperio.*
XIII. V. Blasco Ibáñez.—*La cencerrada.*
XIV. G. Martínez Sierra.—*Almas ausentes.*
XV. E. Menéndez y Pelayo.—*A la sombra de un roble.*
XVI. G. Núñez de Arce.—*Sancho Gil.*
XVII. Blanca de los Ríos.—*Melita Palma.*
XVIII. Arturo Reyes.—*Cuentos andaluces.*
XIX. P A. de Alarcón.—*El clavo.*
XX. M. Tolosa Latour.—*Hombradas.*
XXI. J. Benavente.—*Cartas de mujeres.*
XXII Narciso Oller.—*La bofetada.*
XXIII E. Marquina.—*Eglogas.*
XXIV P. Baroja.—*Idilios vascos.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

XXV. F. Acebal.— *De buena cepa.*
XXVI. Dr. Mariscal.—*Morfinismo.*
XXVII. M. del Palacio.—*Un soldado de ayer.*
XXVIII. M. Cervantes. – *Curioso impertinente.*
XXIX. Dr. Calatraveño.—*Los niños quesutren.*
XXX. Jacinto Benavente.—*Cartas de mujeres.*
XXXI. Manuel Ugarte.—*Cuentos de la Pampa.*
XXXII. B. Rodríguez Serra.—*Idilios rotos.*
XXXIII. Valle Innclán—*Jardín umbrío.*
XXXIV. J. Echegaray.—*Los sueños de Colilla.*
XXXV. Luis Taboada.—*Los cursis.*
XXXVI. Eduardo L. Chavarri.—*Armónica.*
XXXVII. E. G. Carrillo.—*Las mujeres de Zola.*
XXXVIII. J. Dicenta.—*La finca de los muertos.*
XXXIX. Escobar. –*Cosecha de mi tierra.*
XL. Santiago Rusiñol.—*Hojas de la vida.*
XLI. R. Blanco Fombona.—*Cuentos americanos.*
XLII. Carmen de Burgos Seguí.—*Alucinación.*
XLIII. J. Pérez Zúñiga.—*Villapelona de abajo.*
XLIV. José Zahonero. *Pasos y cuentos cómicos.*
XLV. C. Bernaldo de Quirós. *Peña Lara.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

HISTORIA

de

UN MUSICO EN PARÍS

Traducción de José Lassalle.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

IV

Biblioteca Mignon.

—

Ricardo Wagner.

HISTORIA

de

UN MÚSICO EN PARIS

NOVELA

Ilustraciones de Torres García.

(SEGUNDA EDICIÓN)

MADRID

VIUDA DE RODRÍGUEZ SERRA

Salud, número 19.

—

1905

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Imp. Marzo, S. Hermenegildo. 32 d.º
Teléfono, 1.977

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

WAGNER EN EL AÑO 1850.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ÚLTIMO RETRATO DE RICARDO WAGNER

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

DOS PALABRAS

DEL

TRADUCTOR

—

No he de hacer una biografía del artista más grande de este siglo, de Ricardo Wagner, del ilustre autor de *Parsifal*, de *Los maestros cantores* y de tantas otras obras que han inmortalizado su nombre, no; pero al ofrecer esta deliciosa novelita, HISTORIA DE UN MÚSICO EN PARÍS, creo muy oportuno recordar la época quizás más triste de la vida de Wagner; es decir, el lapso de tiem-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

po comprendido entre los años 1839 y 1842, época en que escribió para la *Gaceta Musical de París* este cuento.

Después de abandonar el puesto de *musikdirector* del teatro de Riga, llegó Wagner á París en el mes de Septiembre de 1839, en compañía de su primera mujer Wilhelmine Planer y de un magnífico perro de Terranova, que atendía al nombre de *Robber*. Llegó, como digo, Wagner á la hermosa capital, desconociendo el idioma francés y con el pecho tan lleno de esperanza y ambición, como vacíos los bolsillos de dinero. En el viaje había conocido en Boulogne-sur-Mer á Meyerbeer, quien generosamente le había dado recomendaciones para Antenor Jolly, director de la Renaissance, y para León Pillet,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

director de la Opera. Además, llevaba como bagaje artístico una ópera *La novicia de Palermo*, y los dos primeros actos de *Rienzi*.

Todo pareció sonreirle en los primeros momentos; recibido cortés y afectuosamente por todo el mundo, puesto al habla con Habeneck, Vieuxtemps, Berlioz, y admitida su ópera por Jolly, trasladó su domicilio de la modesta casita de la calle de la Tonellerie á un hermoso cuarto de la calle de Helder. Pronto, sin embargo, empezó á obscurecerse su estrella, trayendo consigo los malos tiempos, las molestias de una situación precaria y la miseria por fin.

El teatro de la Renaissance quebró cuando ya habían empezado los ensayos de *La novicia de Palermo*, y ante esta catástrofe, que traía consigo el derrumbamiento de todas las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ilusiones del maestro, tuvo, persiguiendo su popularidad, que dedicarse á escribir romanzas, que no gustaron. Ante esta nueva decepción, vióse arrastrado hecia la miseria, teniendo que entregarse á «los trabajos más repugnantes», como él mismo dice en uno de sus escritos; es decir, á trabajar en forma que sublevaba su honrada conciencia y delicado espíritu artístico, haciendo arreglos de la *Favorita*, *Hugonotes*, *Roberto el Diablo* y otras obras semejantes; llegando á tal extremo de estrechez, que trató de contratarse como corista en un teatrucho del *boulevard*.

En este tiempo terminó *Rienzi*, y Mauricio Schelesniger le pidió algunos artículos para la *Gaceta Musical de París*, y en ella publicó infinidad de trabajos, entre los que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

figura, como he dicho, el presente cuento.

Por fin, cuando la miseria más grande se introdujo en su casa; cuando el gran artista estuvo á punto de perecer de hambre, su *Rienzi* fué admitido en el teatro de Dresde. Reunió afanosa y trabajosamente el dinero necesario para el viaje, emprendiendo su regreso á la patria, pero sin *Robber*, víctima de algún astuto ratero ó quizás de algún inglés aficionado á perros.

Tres años, pues, pasó en París; tres años terribles, perseguido por el destino y por amigos poco leales, como Meyerbeer, que le engañó miserablemente, si damos fe á M. Glasenapp, el mejor, el más completo y fiel biógrafo de Wagner.

¿Que qué es la HISTORIA DE UN ÚSICO EN PARÍS? Su autor mismo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

se encarga de decírnoslo: «He expuesto, bajo el velo de una ficción á veces humorística, mi propia historia en París, donde poco me faltó para morirme de hambre, como el héroe de mi cuento. Lo que me propuse fué lanzar un grito de rebelión contra el modo de ser del arte y los artistas de nuestra época»...

. . . . . .

. . . . . .

No soy literato, y la traducción de esta deliciosa novelita no será todo lo bueno que ella y su autor merecen; pero, á pesar de no desconocer esto, emprendí la modesta tarea, llevado por mi afición al sublime arte y á todo lo que con él tiene relación, rindiendo á la vez humilde y respetuoso homenaje al ilustre maestro, gloria y orgullo de la Humanidad.

JOSÉ LASSALLE.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

I

Las últimas paletadas de tierra cayeron sobre el féretro que encerraba los restos de mi desdichado amigo.

El tiempo, sombrío y glacial, envolvía con un viento precursor del invierno á los escasos testigos que presenciábamos la fúnebre ceremonia. El inglés quería erigir una estatua al muerto. ¡Mejor hubiera hecho en pagarle sus deudas!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Aquel á quien acabábamos de rendir los postreros honores era un hombre excelente, un músico de talento, nacido en una pequeña ciudad alemana y muerto en París, donde tanto había sufrido. Dotado de gran ternura de corazón, no dejaba de llorar ni una sola vez cuando en las calles de París veía maltratar á algún pobre caballo. Naturalmente afable, soportaba sin cólera el que algún pilluelo le despojase de la parte que le correspondía de las estrechas aceras de la gran capital. Desgraciadamente, unía á estas cualidades una conciencia de artista llena de escrupulosa delicadeza; era ambicioso, pero carecía de habilidad para la intriga; además, en su juventud le había sido permitido ver á Beethoven, y este exceso de felicidad le había trastornado de tal modo que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

durante el tiempo que permaneció en París jamás pudo encontrarse en su centro.

Un día, hace de esto más de un año, me paseaba por el Palais Royal cuando llamó mi atención un magnífico perro de Terranova que se bañaba en el estanque. No pude menos de admirar á este animal, que salió del agua y obedeció al llamamiento de un hombre en quien no me había fijado y al cual miré, no por otra cosa, sino por ser el dueño de este perro tan maravillosamente hermoso.

Para igualar en belleza al cuadrúpedo, faltábale mucho al hombre. Vestía con limpieza; pero sabe Dios á qué provincia pertenecía la moda de su *toilette*. Sin embargo, su rostro no dejó de despertar en mí no sé qué lejano recuerdo, y poco á poco fuí adivinando y haciendo caso omi-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

so del interés que en mí despertara el perro, y acabando por reconocer á mi amigo R., me arrojé en sus brazos.

Sorprendido al volverme á ver, poco le faltó para desmayarse. Le llevé al café de la Rotonde; yo tomé té y él pidió café, al que hizo gran honor; pero con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Pero dime, en nombre del cielo —le pregunté—: ¿qué motivos han podido traerte á París? ¿Qué causas te han hecho abandonar, á ti, modesto músico, aquella hermosa provincia alemana y tu reducido quinto piso?

—Amigo mío—me respondió—, he venido á París deseando conocer su vida; para ello seguiré habitando en un sexto piso, como antes, hasta que la fortuna me permita bajar al piso

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

segundo y quién sabe si al primero. Este es el único punto de la cuestión sobre el que no tengo un criterio cerrado. Ante todo he querido, arrastrado por irresistible deseo, apartarme de las miserias de las provincias alemanas, y desechando la idea de visitar nuestras capitales, ciudades grandiosas sin duda alguna, he venido de buenas á primeras á la capital del mundo, á este común centro, donde converge el arte de todas la naciones; donde los artistas del orbe entero encuentran la justa consideración á que son acreedores, y donde yo, yo mismo, espero ver germinar el grano de ambición que en el corazón me puso el cielo.

—Es natural que seas ambicioso; pero si he de hablarte con franqueza, me extraña en ti este modo de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

pensar, y espero que me indiques con qué medios cuentas para sostenerte en esta nueva vida y cuánto piensas gastar al año. No, no te asustes de ese modo; bien sé que no eres más que un pobre diablo y, por consiguiente, no vamos á hablar de tus rentas; pero puesto que te veo aquí, debo suponer que al menos te ha tocado la lotería ó que te has sabido proporcionar el favor ó la protección de algún pariente rico ó la de algún encopetado personaje, protección que quizás te valga una mediana renta.

—¡Bien está! Con esta manera de plantear y considerar las cuestiones —me respondió mi amigo con una sonrisa—no dejas ni se te olvidan estos pequeños, miserables y prosaicos detalles. De todo eso que tú supones, sólo una cosa es cierta, no más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que una, que encuentro justa. Soy pobre, y tanto es así, que dentro de unas semanas voy á encontrarme sin un céntimo. Pero ¿qué me importa? Tengo talento; al menos así me lo han asegurado, y para hacerlo florecer, comprenderás que no iba á escoger la ciudad de Túnez. Aquí podré averiguar si me han engañado ó no, si es cierta mi vocación de artista y si se han equivocado los que me auguraron triunfos y éxitos sin cuento... No tardaré, como comprenderás, en desengañarme, y en caso de que la prueba me sea fatal no dudaré y regresaré á mi patria, para ocupar de nuevo mi modesto cuartito. Pero si no sucede así, créetelo, en París es donde mi talento será antes conocido y más dignamente pagado que en cualquier otra parte del mundo. ¡Oh! No te

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

rías y trata, en cambio, de encontrar una objeción seria y que tenga fundamento.

¡Pobre amigo mío!—le dije—; ya no me río; en este momento, muy al contrario, siento por ti y por tu hermoso perro una viva inquietud que me aflige profundamente, porque pienso que por muy moderado que sea tu apetito, este animal no dejará de comer mucho. ¿Quieres alimentarte tú y alimentar á tu perro con tu talento? ¡Buen proyecto! Porque si nuestra propia conservación es el primero de nuestros deberes, la humanidad para con los animales es el segundo y quizás el más bello. Pero vamos, dime, ¿con qué medios cuentas para poner tu talento en evidencia? ¿Cuáles son tus proyectos? ¡Veamos, anda, habla!

—¡Oh! En cuanto á proyectos, no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

me faltan, y voy á decirte unos cuantos. Mira; por de pronto, pienso en una ópera; tengo gran provisión de ellas; unas terminadas, otras mediadas, y algún que otro bosquejo, todo ello destinado, como podrás figurarte ya, á la Gran Opera ó á la Opera Cómica. ¡No me interrumpas! Sé muy bien que por este medio las cosas van á andar muy despacio, y, por lo tanto, sólo considero este proyecto como fin principal hacia el que deben tender todos mis esfuerzos secundarios. Pero si cierto es que tardarán mucho en representarse mis óperas, no es menos cierto, y así me lo concederás al menos, que antes de poco sabré á qué atenerme respecto de si mis obras serán ó no admitidas por las direcciones de los teatros. ¡Qué! ¿Todavía te ríes? Cállate; conozco de antemano lo que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

vas á decirme, y ya estoy preparado para contestar á tus objeciones. Estoy persuadido de que tengo que luchar con grandes obstáculos; pero, al fin y á la postre, ¿cuáles pueden ser? Unicamente la competencia. Los grandes talentos que aquí están reunidos ofrecen sus obras á los directores, y éstos están en el deber de someterlas á un examen severo y concienzudo, cerrando el paso á toda medianía. La contienda ha de ser despiadada, y sólo debe reservarse el honor de la ejecución á las partituras de un mérito real y positivo. Pues bien, estoy preparado para ese examen, y no pido ningún favor del que no sea digno. Descartada esta competencia, ¿qué tengo aún que temer? ¿Acaso necesito, como en Alemania, recurrir á vías tortuosas para procurarme el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

acceso de los teatros reales? ¿Debo creer que he de estar años enteros mendigando la protección de éste ó aquel lacayo para llegar á una representación de mi obra, ó echar mano de la recomendación de una doncella?... ¡No, sin duda alguna! ¿Para qué estos servilismos, cuando aquí en París, la capital de la Francia libre, reina una prensa poderosa que no consiente ningún escándalo, ningún abuso y que casi casi los hace imposibles! ¡En París, en fin, donde el verdadero mérito puede esperar los aplausos de un público inmenso é incorruptible!

—¡El público!—exclamé—. Razón tienes. Creo que con tu talento podrías triunfar si sólo tuvieras que habértelas con el público; pero te engañas, mi pobre amigo, en lo que se refiere á la facilidad de llegar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

hasta él. . No son los talentos los que pondrán trabas á tus ideales y á los que tendrás que temer, no; las verdaderas trabas, los obstáculos casi insuperables, serán los intereses particulares de Fulano ó Mengano, y, sobre todo, las reputaciones sancionadas. Si tienes protección é influencias, intenta la lucha; ¡pero sin eso!... y, sobre todo, si no tienes dinero, estate quieto, porque no harás otra cosa sino sucumbir, sin que hayas podido atraer la atención del público. No se trata, desgraciadamente, de poner á prueba tus talentos y trabajos; ¡oh, no! Eso sería una dicha sin igual Sólo tratarán de informarse del nombre que llevas, y como este nombre está desprovisto de toda clase de reputación, y como además tampoco se encuentra en ninguna lista de rentistas ó

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

propietarios, tendrás que vegetar obscurecido y sin poder demostrar tu talento.

(No tendré necesidad, así lo espero al menos, de advertir al lector que las objeciones de que me sirvo y las que más adelante usaré con mi amigo, no son la expresión completa de mis ideas y convicción personal, sino una serie de razonamientos que creía podrían hacer abandonar á mi entusiasta colega sus planes quiméricos, sin que disminuyera, sin embargo, la confianza en su talento.)

Inútiles fueron mis palabras; se puso muy triste; pero no me hizo ningún caso. Continué preguntándole qué medios pondría en práctica para hacerse, por de pronto, con una pequeña reputación que pudiera serle útil para realizar el proyecto que acababa de comunicarme. Mi pre-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

gunta pareció disipar su mal humor.

—Oyeme bien—me replicó—; sabes que desde hace tiempo me dedico con entusiasmo á la música instrumental. Aquí, en París, parecen profesar un verdadero culto á nuestro Beethoven, y, por lo tanto, puedo creer, sin temor de equivocarme, que el compatriota de ese gran hombre será acogido con alguna consideración si procura hacer oir al público sus ensayos, inspirados en el estudio de su incomparable modelo.

—¡Alto ahí!—exclamé—. Cierto que Beethoven está deificado; tienes razón; pero no olvides que su reputación, consagrada ya por el público, sería suficiente para que su nombre, puesto á la cabeza de cualquier trozo sinfónico digno del gran maestro, fuera el talismán que revelase como por magia las bellezas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de la obra, pero substituye este nombre, lleno de prestigio y admiración, por otro humilde y desconocido, y no conseguirás atraer la atención de los directores de orquesta ni aun hacia los más bellos y brillantes pasajes de la obra.

—¡Oh, mientes!—replicó mi amigo con alguna violencia—. ¡Te he adivinado; veo tu plan artero; lo que quieres es descorazonarme para que me aleje del camino de la gloria! ¡No lo conseguirás, no y no!

—Te conozco—le dije—, y sé que lo que acabas de decir ni lo piensas ni lo sientes seriamente, así es que te perdono. De todos modos, he de repetirte que lucharás, y no poco, para allanar los grandes obstáculos que se levantan ante todo artista desconocido, sea cual fuere su talento. Tus dos proyectos son exce-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

lentes, excelentísimos, para sostener y aumentar una gloria ya adquirida, pero de ningún modo para empezar á conquistar una reputación. Te olvidarán, morirás esperando en vano la ejecución de tu música instrumental, y si llegas á esa inefable dicha y tus obras están concebidas bajo el plan audaz que admiras en Beethoven, las encontrarás incomprensibles y descabelladas, echándote á un lado con este hermoso juicio.

—Este argumento ya lo esperaba. ¿Y crees que, en previsión de que sucediese eso que dices, no he tomado mis precauciones contra el público superficial? ¿Crees que no he tenido el cuidado de bordar varios trozos con esos adornos ligeros que aborrezco con toda mi alma, pero de los cuales hacen uso aun los me-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

jores maestros para procurarse el éxito?

—Entonces te dirán que tus obras son demasiado frívolas ó insignificantes, para ofrecerlas al lado de las de un Beethoven ó de las de un Musard.

—¡Está bien, está bien; veo claramente que tu único objeto es burlarte de mí? Eres, has sido y serás siempre un solemne guasón.

Presa de un ataque de risa, levantó un pie y le dejó caer pesadamente sobre las patas de su hermoso perro, que lanzó un doloross gruñido, lanzando sobre su dueño una mirada, como pidiéndole que no tomase á broma mis objeciones.

—Ves, no es bueno confundir lo cómico con lo serio—le dije-. Pero dejemos esto á un lado y dime: en caso que consintieras en abandonar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

los proyectos que acabas de exponerme, ¿cuentas con algún otro medio para hacerte una reputación?

—Claro que sí—me dijo; y á pesar de tu manía de contradecirme, voy á hacerte una confidencia completa. No ignorarás que no hay nada tan apreciado en los salones parisienses como esas romanzas llenas de gracia y de ternura, producto del gusto particular del genio francés, ó bien esos *lieder* importados de nuestra Alemania, y que aquí han adquirido derecho de ciudadanía, gozando de gran popularidad. Este género es uno de los que se adaptan más particularmente á mi modo de ser. Sien-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

to en mí la facultad creadora en esta rama especial del arte con algunas cualidades notables. Haré oir mis *lieder*, y no es difícil que tenga tanta suerte como cualquiera de nuestros compatriotas. Tendré la fortuna de otros, y con sólo estas sencillas producciones, podré cautivar la atención de un director de teatro, que se apresurará sin duda alguna á encargarme la composición de una ópera.

El perro volvió á quejarse; pero esta vez fuí yo quien, en una violenta contracción que hice para retener unas ganas atroces de reir, había pisado una pata del noble animal.

—¡Pero qué!, hablando en serio, ¿tienes semejantes creencias y abrigas tan locos pensamientos? ¿Pero dónde has visto?...

—¡Dios mío!—replicó mi entusiasta amigo—, ¿sería la primera vez

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que sucediese semejante cosa? ¿Es necesario citarte cuán fecuentemente he leído en los periódicos que tal ó cual director de teatro se ha conmovido profundamente por la audición de una romanza; que tal ó cual poeta se ha impresionado por el talento extraordinario de un artista desconocido, y cómo en aquel instante y de común acuerdo se comprometieron, el uno á escribir el libreto, y el otro á asegurar la representación de la obra?

—¿Pero crees tú en todo eso?—le dije suspirando profundamente. ¿Esos artículos de periódico han llegado á extraviar hasta tal extremo tu cándida y honrada credulidad? Mucho deseo, puedes creerlo, que llegue el día en que te persuadas de que no se debe dar crédito ni á una tercera parte de todos esos reclamos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Nuestros directores de teatro tienen otras muchas cosas de qué ocuparse más importantes que el oir romanzas para volverse locos de entusiasmo; y además, ¡admitamos esto!; suponte que ese fuera un medio de adquirir reputación: ¿quiénes iban á cantar tus romanzas?

—¿Quienes? Toma, pues cualquiera de esos célebres *virtuosos* de uno y otro sexo, que creen un deber recomendar al público las producciones de talentos desconocidos ó postergados. ¿Crees que en esto también estoy influído equivocadamente por algún pernicioso artículo de periódico?

—Amigo querido, bien sabe Dios —le dije—que no pretendo negar la bondad de corazón de nuestros principales cantantes; pero para llegar hasta semejante protección, ¿no hay,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

por ventura, que pasar por muchas exigencias? No sabes las numerosas é influyentes protecciones que se necesitarían para atraer la benevolencia de esos nobles corazones y para convencerles de que realmente eres un talento oculto. Mi buen amigo, mi excelente amigo, ¿tienes algún otro proyecto que comunicarme?

—¡Quita allá!—me contestó levantándose. Aunque los tuviera más numerosos que las arenas del mar, no te confiaría ni uno solo. ¡Quita allá! Burlón sempiterno, aparta; no triunfarás, no, no, y sólo te haré una pregunta: dime, vamos, dime, ¿de qué modo se las gobierna uno y cómo se las han arreglado para darse á conocer esos grandes artistas qne han llegado ya á la gloria?

—Ve y pregúntaselo á uno de ellos. Yo, por mi parte, lo ignoro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

—Ven acá—gritó á su perro. Ya no eres mi amigo—me chilló—; á pesar de tu burla no cederé. ¡Dentro de un año, acuérdate bien, dentro de un año, podrás saber mi domicilio por boca del primer pilluelo que pase á tu lado ó te informaré del sitio donde vendrás á verme morir!

Luego silbó á su perro de una manera agria y estridente y desapareció con rapidez.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

II

En los primeros días que siguieron á nuestra separación, cuando vi venirse al suelo todos los medios puestos en práctica para encontrar á mi amigo, pude conocer lo injusto y torpe que estuve para combatir las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nobles susceptibilidades de su espíritu altamente entusiasta, y me pesó no haber usado mejores armas que aquellas objeciones frías y poco sinceras que empleé para convencerle.

En mi loable intención de apartarle, en lo que fuese posible, de sus proyectos, olvidé que no tenía que habérmelas con un hombre ligero y flexible á quien es fácil convencer, sino con un espíritu firme y lleno de ardiente fe en la verdad incontestable de su arte, que le convertía de afable y pacífico en rudo y de una testarudez á toda prueba.

Seguramente, pensé, á estas horas andará por las calles de París con la firmísima confianza de que, poniendo en práctica, cualquiera de sus proyectos, verá brillar en los carteles su obscuro nombre. De fijo que da unos centimillos á algún viejo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

pordiosero, bien seguro de que dentro de unos meses podrá darle unas pesetas.

Cuanto más tiempo transcurría más infructuosos eran mis esfuerzos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

para descubrir el paradero de mi amigo, y casi casi me dejé llevar por alguna esperanza, confiando en su imperturbable tenacidad; así es que de vez en cuando echaba alguna que otra ojeada, inquieta y curiosa á la vez, sobre los carteles, para ver si por casualidad descubría en ellos su nombre.

Cosa rara; cuanto más temía no encontrarle, más crecía la confianza de que quizás mi amigo pudiera conseguir sus ideales. Es más, llegué á creer que, mientras yo le buscaba afanosamente, la originalidad de su talento habría sido reconocida y apreciada por algún alto personaje, que quizás ya le habría encargado algunos trabajos importantes, de los cuales sacaría honra y provecho. Y, después de todo, ¿por qué no?

Precisamente porque no veía ni

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

una romanza, ni una sinfonía, ni ninguna obra del género fácil firmada por mi amigo, suponía yo que estaba ocupado en la realización de sus vastos proyectos, y que, desdeñando una reputación modesta, se había entregado en cuerpo y alma á la composición, de una ópera en cinco actos por lo menos.

Bien es verdad que me chocaba no oir pronunciar su nombre en las reuniones de artistas á las que yo asistía; pero como no eran muy frecuentes mis visitas, supuse que mi mala estrella me alejaba precisamente de los centros donde su gloria brillaba, sin duda, con resplandor vivísimo.

No se pondrá en duda que debió pasar mucho tiempo antes de que el doloroso interés que me inspiraba mi amigo se convirtiera en una con-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

fianza ciega, sin límites, en su buena estrella. Para llegar á ese estado, tuve que pasar por muy distintas fases: el temor, la incertidumbre, la esperanza, al fin; así es que casi había transcurrido un año desde mi encuentro en el Palais Royal con un hermoso perro y un artista entusiasta.

En este intervalo, unas afortunadas especulaciones me habían llevado á tal prosperidad, que, siguiendo el ejemplo de Polycrates, no podía menos de temer alguna gran desgracia, y hasta se me figuraba que ya la sufría de antemano.

En esta disposición de espíritu, me dirigí á los Campos Elíseos. Estábamos en otoño; las hojas verdes, desprendidas de los árboles, alfombraban el suelo, y el cielo parecía envolver al magnífico paseo con un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

manto gris. Sin embargo, Polichinela no dejaba de entregarse, como de costumbre, á los accesos de su antigua y apaleadora cólera. Lleno de ciego furor, el atrevido se burlaba de la justicia de los hombres, hasta que al fin cedía á los tremendos arañazos del príncipe infernal representado por un gato encadenado.

De pronto oí cerca de mí, á poca distancia del modesto teatro, testigo de los gritos y terribles hazañas de Polichinela, una voz de extraño acento que decía lo siguiente:

¡Admirable en verdad, admirable! ¿Cómo me las arreglé para buscar tan lejos de mí lo que tenía al alcance de mi mano? ¿Y es tan despreciable este teatro, donde las verdades más conmovedoras del arte y la política se desarrollan en presencia de un público, quizás el más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

mpresionable y menos exigente del universo?

Este héroe temerario, ¿no es el propio don Juan?

Este gato blanco, de belleza terrible, ¿no es rasgo por rasgo el gobernador á caballo?

¿Qué importancia artística no tendrá este drama cuando yo le haya adaptado mi música? ¡Qué órganos tan sonoros los de estos artistas! ¡Y el gato, ah, el gato! ¡Qué tesoros tan ocultos hay en su admirable garganta! Todavía no ha hablado, todavía es un demonio; ¡pero qué indecible efecto no producirá cuando cante los admirables trinos que sabré calcular para su voz!

¡Qué incomparable *portamento* en la celestial escala cromática que le destino!

¡Qué terrible será su sonrisa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cuando diga este pasaje que ha de tener tan prodigioso éxito!

«¡Oh, Polichinela, te has perdido!» ¡Qué plan más admirable, y además, qué excelente pretexto para el empleo constante del *tan tan*, los golpes eternos del bastón de Polichinela! Pues bien, ¿por qué no he de procurarme la protección del director? Voy á presentarme inmediatamente; aquí, por lo menos, no tendré que hacer antesala; un paso, y héteme en el santuario, delante del que con una mirada no dejará de ver en mí la luz del genio. ¿Tendré aquí también que temer la competencia! El gato quizás... ¡En fin, entremos antes de que se haga tarde!

Al terminar estas palabras, el hombre del soliloquio quiso precipitarse en la barraca del Polichinela. Apenas tuve tiempo de reconocer á mi

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

amigo, y dispuesto á evitarle esa enojosa diligencia, le sujeté por el traje.

—¿Quién va? – dijo.

No tardó en reconocerme, y apartándose desdeñosamente de mí, añadió: —Debí sospechar que tú serías el único que quisiese apartarme de esta última tentativa, la única tabla de salvación que me queda. Déjame; quizás sea ya tarde.

Le volví á sujetar, y hasta conseguí alejarle algo del teatro; pero no pude conseguirlo del todo.

Entretanto pude examinarlo con detenimiento... ¡Y en qué estado lo encontré, Dios mío! No me refiero á su modo de vestir, que era pobrísimo, sino á sus facciones, que presentaban un aspecto aterrador. El buen humor había desaparecido; miraba á su alrededor de una manera

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

fija y animada; sus mejillas, pálidas y hundidas, revelaban algo más que el dolor moral. Como le miraba con el más profundo sentimiento de aflicción, pareció conmoverse al observarlo, y apenas si trató de alejarse.

—¿Qué haces, querido R?—... le dije. Y tu hermoso perro, ¿lo has vendido?

—¡Calla, miserable!—me dijo con voz sombría. ¡Calla; acaso eres como el inglés! ¿Mi perro? ¡Me lo han robado!

—Ven, ven—, le dije emocionado—, ven; llévame á tu casa y allí hablaremos.

—No tendrás que preguntarme dentro de poco dónde vivo; estoy sobre el camino que conduce á la fortuna y á la gloria; huye, vete; ¿de qué te sirve predicar á un sordo?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

Vete, descreído; ya verás dentro de poco; pero, entretanto, déjame, si no quieres que crea que eres mi mayor enemigo.

—¿Dónde vives?—le dije sujetándole con más fuerza—. Dímelo, llévame á tu casa y hablaremos de corazón, de la amistad y hasta de tus proyectos.

—Bien pronto los conocerás. ¿Ves ese gato? Pues él va á ser mi fortuna. Figúrate qué efecto cuando de ese morro fino y delicado y de entre esa fila de perlas, surjan melodías cromáticas, acompañadas de gemidos y sollozos. ¿No te das idea de ello? ¡Bah, no tienes imaginación! ¡Quita allá, careces de ideales!

Le retuve con más fuerza y renové mi súplica, y él, sin hacerme caso, volvía su mirada hacia el gato con una sobreexcitación febril.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

—Todo depende de él—decía—: fortuna, gloria, consideración, todo, todo está entre sus patitas aterciopeladas. Dios haga que me concedas tus favores; eres amable y galante hasta la exageración; pero al fin y á la postre eres un gato; pero no me importa, no, espera, te reduciré á la impotencia; tengo un hermoso perro... ¡Victoria, he ganado! Pero ¿y mi perro?

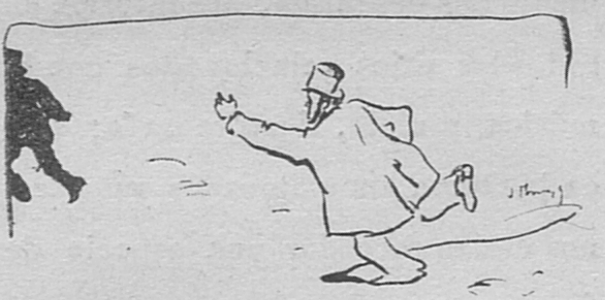
Había dicho las anteriores palabras acompañadas de un grito ronco y de un movimiento de exaltación extraordinaria. Miró á su alrededor buscando á su perro.

En este momento pasaba sobre un magnífico caballo un hombre elegantísimo; á su lado corría orgullosamente un hermoso perrazo de Terranova.

—¡Ah!—exclamó mi amigo lleno

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de rabia. ¡Ah, maldito; mi perro, mi perro! ¡Inglés del demonio, dame mi perro!



Voló entonces como una flecha en su persecución; pero al mismo tiempo el jinete puso, por casualidad, al galope su caballo, seguido del perro. Corrí á mi vez; pero todo inútil. ¿Qué esfuerzos pueden igualar á los de un loco? Vi al inglés, al perro y á mi amigo desaparecer por una de las calles laterales que conducen al barrio de Roule

Desaparecieron, y baste deciros que todos mis esfuerzos para encontrar á mi amigo fueron inúti-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

les. Roto, despedazado, excitado yo mismo por un inexplicable delirio, tuve que interrumpir provisionalmente mis pesquisas. Me informé en todos los sitios relacionados con la música, y nada, siempre nada; sólo en la Opera los empleados subalternos creían recordar una especie de fantasma que iba frecuentemente á esperar una audiencia y del cual no sabían ni el domicilio ni el nombre.

Todos los demás medios que empleé también dieron un resultado infructuoso, hasta el de la policía. ¡Quién se iba á ocupar del más miserable de los hombres!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

III

Estaba desesperado. Una mañana á los dos meses poco más ó menos, de nuestro encuentro en los Campos Elíseos, recibí por vía indirecta una carta; la abrí con triste presentimiento y leí esta lacónica frase:

«Querido amigo: Ven, voy á morir.»

Las señas que venían adjuntas indicaban una estrecha callejuela de Montmartre.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

No pude llorar, y corrí en busca de mi infeliz amigo; llegué al fin, siguiendo las indicaciones de la carta, á una casa de miserable aspecto; pero que, á pesar de ello, tenía sus cinco pisos, y me dispuse á subirlos por una escalera que producía vértigo. Llegué, y sobre el lecho del dolor encontré á mi desgraciado y entusiasta amigo. Su cara y su cuerpo estaban aún más escuálidos que el día que le vi en los Campos Elíseos. La mirada, huraña, salvaje y casi insensata; la llama indefinible de sus ojos había desaparecido; su mirada, apagada y fría, y las horribles rosetas de sus carrillos, se habían extendido por efecto de la consunción general.

Temblando, pero con expresión de calma, me tendió la mano, diciéndome

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

—Te agradezco que hayas venido... perdóname.

El tono sonoro, extraño y dulce con el cual pronunció esas palabras, me impresionó quizás más que su aspecto. Le estreché la mano y lloré...

—Hace—añadió después de una pausa—más de un año, me parece, que nos vimos en el alegre Palais Royal. No he cumplido del todo mi palabra. Ser célebre en un año me fué imposible, aun con la mejor voluntad del mundo. Además, no tengo la culpa si al cabo de ese año no te escribí, según te había prometido, para que vinieras á verme morir; no pude conseguirlo en el plazo señalado, á pesar de mis esfuerzos... ¡Oh, no llores; hubo un tiempo en el que te rogaba que no te rieras!

Quise hablar; pero me faltaron alientos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

—Déjame continuar—me dijo el moribundo—; no me cuesta ningún trabajo y debo contarte una historia bastante larga. Sé que mañana no existiré, y te ruego que me escuches. La relación de mi vida en este último año es bien sencilla, demasiado sencilla; no hay en ella complicaciones extrañas, ni grandes peripecias, ni siquiera detalles pretenciosos; oye. Es necesario que te explique cómo sucumbió mi fe entusiasta; no creas que se hizo pedazos contra escarpados escollos. ¡Dichoso el náufrago que perece en la tempestad! No; mi fe sucumbió en el barro, en el légamo. Un horrible pantano rodea á esos brillantes y suntuosos templos del arte, hacia los cuales nosotros, pobres insensatos, marchamos en peregrinación, con un fervor tan grande como si en ellos hubié-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

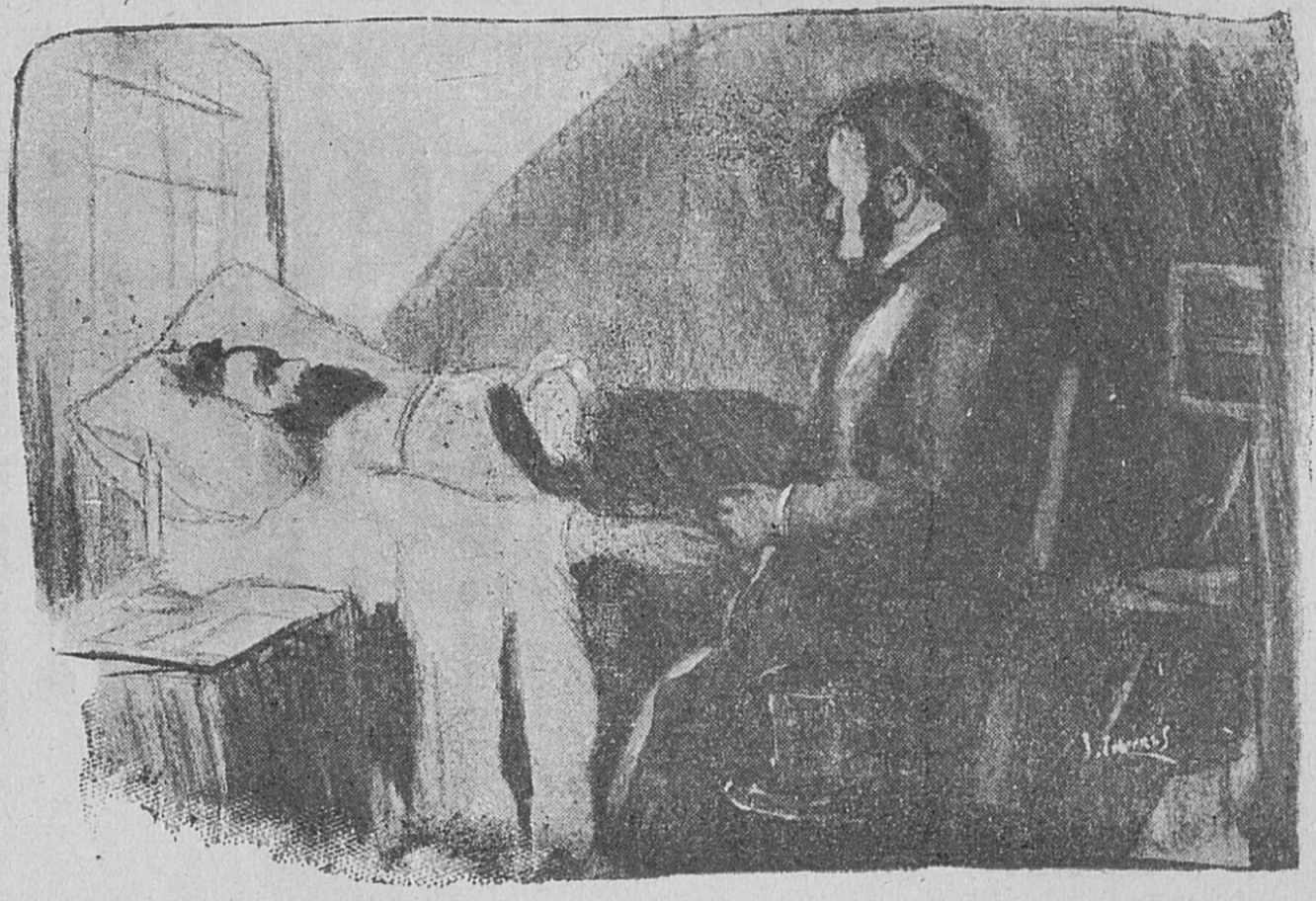
semos de salvar nuestra alma. ¡Dichoso el peregrino que va con poco equipaje: sólo un salto le basta para franquear el lodazal! ¡Feliz el rico ambicioso! Su caballo sólo necesita una presión de las espuelas de oro para transportar á su afortunado dueño al otro lado. ¡Ay del desdichado entusiasta que, tomando ese lodazal por un prado florido, se zambulle en él sin esperanza de salida, convirtiéndose en horrible pasto de ranas y de sapos. ¡Mira cómo me ha puesto esta infame plaga; mira cómo me ha roído: no tengo una sola gota de sangre!

Debo decirte lo que me ha sucedido. Después de todo, ¿para qué? Ya ves que me muero. Basta saber que no he sido aplastado en el campo de batalla, sino que he muerto, y horrible es decirlo, he muerto de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

hambre, haciendo antesalas. No ignoras que hay en París muchas de esas habitaciones, y que en ellas he soñado durante un año, ¡un hermoso año de mi vida! He soñado mucho, fantasías locas ó fabulosas, sueños de *Las mil y una noches:* con hombres, con animales, con oro, con inmundicias. Soñé con trabajos y con dioses, con brillantes tabaqueras y con primeras triples; con piezas de cinco francos y con coristas. En medio de mis sueños me parecía oir de vez en cuando el sonido plañidero é inspirado de un oboe. Este sonido penetraba en mis nervios y desgarraba mi corazón. Un día soñé—fué un ensueño desordenado—; el sonido de que te hablo me había conmovido tan dolorosamente, que desperté de pronto y encontré que me había vuelto loco. Recuerdo que ol-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

vidé de hacer mi acostumbrada reverencia al portero de la antesala y que esta fué la razón, dicho sea de paso, por lo que no volví, pues no me hubiera vuelto á recibir.

Abandoné, como te digo, el asilo de mis ensueños, y al franquear la puerta de mi casa, caí al suelo; había tropezado con mi pobre perro, que, según su costumbre, me esperaba en la calle. He de advertirte que el pobre animal me era muy útil, pues por su hermosura me ganaba alguna mirada benévola y complaciente del portero de marras. Desgraciadamente, cada día perdía algo de su belleza, porque el hambre hacía horribles estragos en sus entrañas. Esto, como comprenderás, me causaba las más grandes inquietudes...

Te he dicho que caí al suelo al tropezar con mi perro, é ignoro el

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tiempo que allí estuve y cuántos fueron los puntapiés que recibí de los transeuntes; al fin me despertaron las tiernas caricias de la lengua del pobre animal; me levanté de pronto y comprendí que mi obligación era saciar su hambre.

Un trapero inteligente me dió algunos céntimos por un chaleco; mi perro comió y yo devoré los restos que le plugo dejarme. El quedó satisfecho; pero yo no pude satisfacerme.

El producto de una reliquia, una antigua sortija de mi abuela, bastó para devolver á mi perro su antigua belleza y esplendor. Brilló de nuevo con todo el resplandor de su hermosura. ¡Oh, belleza fatal!

El estado de mi cabeza era deplorable; no sé lo que pasaba por mí; así es que un día, sin saber por qué,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

quise ver al diablo. Mi perro me acompañaba, y héteme aquí en los conciertos Musard. Me puse á examinar á la gente que entraba, y ¿á quién dirás que vi entre la muchedumbre? Pues al abominable inglés, el mismo en carne y hueso. No había cambiado, y se me apareció igual que el día en que me hizo aquella horrible jugarreta con Beethoven (1).

Sobrecogido de terror, y comprendiendo que tendría fuerzas para conocer al demonio del otro mundo, pero no á este fantasma de nuestro planeta, quise huir; pero me fué imposible. Creí morirme cuando me reconoció. La muchedumbre nos empujaba el uno hacia el otro, y, con-

(1) Se refiere á su otra novelita titulada *Una visita á Beethoven*.—(N. del T.)

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

tra su costumbre y la de sus compatriotas, y bien á pesar mío, vino á arrojarse entre mis brazos, que yo había abierto para abrirme paso. Fué un momento terrible; al fin nos separamos.

—Bien venido, mi querido señor —exclamó—; qué alegría la mía al encontraros siempre en el camino del arte. ¡Vamos, vamos á ver á Musard!

—¡Al diablo—le contesté lleno de rabia!

— ¡Ah, sí; debe de ser realmente diabólico! He terminado una composición el domingo, y vengo á ofrecérsela á Musard. ¿Le conocéis? ¿Queréis presentármelo?

Mi terror se cambió en una angustia sin nombre. Excitado como estaba, pude desasirme de él y huir hacia el *boulevard*. Mi perro me se-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

guía ladrando. En un abrir y cerrar de ojos, el inglés me abrazó y me dijo con acento exaltado —: Señor, ¿este perro es vuestro?

—¡Sí!

—¡Perfectamente; os doy por él cincuenta guineas! Ya sabéis que es la moda entre los *gentlemens* tener perros de esta raza, y yo he tenido, muchos; pero todos ellos odiaban la música y no han aguantado mis solos de flauta ó de trompa, y han huído traidoramente; y como debo suponer que con este animal no me sucede á lo mismo, puesto que sois músico; he aquí la razón por la que os ofrezco cincuenta guineas.

—¡Miserable!—exclamé—; ni aunque me dierais toda Inglaterra lo vendería.

Huí, sí, huí con mi perro, por sitios apartados, en dirección á mi

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

casa. Hacía luna; de vez en cuando echaba una mirada inquieta á mi alrededor, y en una de ellas creí distinguir con espanto la silueta terrible del inglés; apresuré el paso lleno de ansiedad, y llegué á mi triste asilo. Dí de comer al perro y me acosté sin probar bocado.

Dormí; pero con un sueño lleno de terribles pesadillas.

Cuando desperté, mi noble compañero había desaparecido. ¿Cómo? No lo sé. ¿Se había escapado? Lo ignoro. Salí del cuarto, llamé, grité, corrí como un loco por toda la casa, hasta que dí con mi cuerpo en tierra.

Recordarás que un día vi al infiel en los Campos Elíseos; pero lo que ignoras es que cuando le llamé y me reconoció huyó de mí como de una bestia salvaje. No dejé por eso de perseguirles, hasta que él y el satá-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

nico jinete llegaron á un hotel, cuya puerta cochera cerraron con estrépito después de entrar. La golpeé lleno de dolor y rabia, produciendo el ruido de un trueno, y sólo unos fuertes ladridos me contestaron. Rendido, no tuve otro remedio que sentarme, hasta que me sacó de mi abstracción y aniquilamiento una terrible escala, ejecutada en una corneta, cuyos sonidos, saliendo del fondo del hotel, vinieron á herir dolorosamente mis tímpanos, siendo causa de que á la vez se oyeran en el patio dolorosos aullidos. Entonces no pude hacer otra cosa que reir, y me marché.

Profundamente emocionado mi pobre amigo, calló. Si bien es cierto que no le causaba gran trabajo el expresarse, su exaltación interior le causaba mucha fatiga. No le fué po-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

sible permanecer sentado más tiempo, y calló sobre la almohada, lanzando un débil gemido. Hubo una larga pausa, en la que observé al desgraciado con una emoción de indefinible pena. Sus carrillos tenían ese tinte rojo transparente, propio de los tísicos. Había cerrado los ojos y parecía dormitar. Esperé con ansiedad el momento de preguntarle en qué podía serle aún útil. Por fin abrió los ojos, llenos de un resplandor sobrenatural.

—Pobre amigo—le dije—, no tengo más que un deseo: el de poderte ser útil. ¿Qué quieres? ¿Qué deseas? Di.

—Impaciente estás por conocer mi testamento. ¡Oh, no temas, no te olvido en él! Pero acaso no quieras saber cómo tu desgraciado hermano ha llegado á este extremo. Ves, quisiera que mi triste historia se cono-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ciese, aunque no fuera más que por una sola persona, y tú eres el único á quien yo pueda interesar algo. No temas, no me canso; ya ves que hablo y respiro con facilidad, y además, no creas que es mucho lo que me queda por decirte. Quizás te figures que aquí acaba mi historia, cuando, en realidad, aquí es donde empieza la parte íntima, puesto que estaba convencido de que iba á morir. ¡Ah, no sabes lo que me alegraba esta convicción, aunque, en realidad, no era libre para vivir ó morir! Sin embargo, desde aquella horrible escala del inglés sentí asco de la vida y deseo irresistible de morir. Algo había estallado en mi pecho, dejando en él una resonancia inacabable, y cuando ese sonido hubo terminado, sentí tal bienestar y tal satisfacción, que me dije: he aquí

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

la muerte. Insensible á todo lo que me rodeaba y no sabiendo dónde me llevaban mis piernas débiles y temblorosas, llegué un día á Montmartre, saludé al Monte de los Mártires y decidí acabar allí mis días, porque yo también soy un mártir, aunque mi fe sólo haya sido combatida por el hambre. Aquí encontré este asilo y sólo pedí que me dieran esta cama y me trajeran mis partituras para morir con Dios y con la música. Tú me cerrarás los ojos, y con los pocos francos que me quedan pagarás mi modesta tumba. ¿Qué más puedo desear?

Dejé entonces estallar los sentimientos que me ahogaban, y le dije:

—¡Cómo! ¡Es posible que sólo para eso hayas invocado mi nombre! ¿No puedo acaso serte útil en otra cosa? Habla; te lo suplico.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

—¡Oh! No te enfades, no; cálmate, si no quieres que crea que sigues siendo mi eterno contradictor y mi implacable enemigo. Cuando conocí la verdad de tus razonamientos perdí la cabeza y fuí un irresponsable; perdóname la única falta de mi vida; vamos, perdón; dame la mano.

No pude contenerme; le dí la mano y rompí á llorar. Sin embargo, tuve que hacer un esfuerzo al convencerme de que mi pobre amigo se moría por momentos. Ya no podía levantarse y el color de sus mejillas alternaba con una palidez mate.

—Ocupémonos—me dijo—de algunos detalles de mis últimas voluntades. Quiero, por de pronto, que mis deudas se paguen: primeramente, á estas pobres gentes, que me han recogido y cuidado con todo esmero, y luego á otros, cuya lista está

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

en este papel. Para el pago te hago cesión de todos mis bienes: mis composiciones y mi diario, donde están mis apuntes musicales y mis caprichos. Ya sabrás arreglártelas lo mejor posible para sacar de ello lo que puedas y pagar con su producto mis deudas terrenales. Además, quiero que no maltrates á mi perro si alguna vez tropiezas con él, porque bien castigado está con la corneta del inglés. Déjale; ya tiene su merecido por su egoísmo y su falta de fidelidad. También quiero que mi historia se publique para que sirva de ejemplo á los locos que se me parezcan; y, por último, deseo un entierro humilde, pocas personas de acompañamiento (en el libro verás las señas) y que entre ellas y tú sufraguéis los gastos que ocasione mi último viaje.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

IV

—Ahora—replicó después de una pequeña pausa—, oye la última palabra sobre mis creencias:

«Creo en Dios, en Beethoven y en Mozart, en sus discípulos y apóstoles; creo en el Espíritu Santo y en la verdad del arte, uno é indivisible; creo que este arte procede de Dios

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

y vive en el corazón de todos los hombres iluminados; creo que el que ha gustado una sola vez los sublimes goces de este arte, es devoto suyo para siempre; creo que se puede ser dichoso por este arte y que, por lo tanto, á cualquiera le es permitido morirse de hambre reconociéndolo; creo que la muerte me dará la suprema dicha; creo que era sobre la tierra un acorde disonante que va á encontrar en la muerte una pura y magnífica resolución; creo en un juicio final, en el que serán condenados todos los que en la tierra han hecho industria, mercancía y usura de este arte sublime; todos los que le profanan y deshonran por maldad de corazón y grosera sensualidad; creo que estos seres inmundos serán condenados á oir eternamente su propia música, y creo, por el contrario,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

que los fieles discípulos del arte sublime serán glorificados en un lugar celeste, lleno del resplandor de todos los soles y en medio de los perfumes y acordes más perfectos, y reunidos en la eternidad, fuente divina de toda armonía. ¡Quiera la suerte que yo pueda ser de los elegidos!

Amén.»

Creí por un momento que su plegaria había sido oída: tanto resplandecía su mirada con una luz celeste. Vivamente emocionado, me incliné para ver si aún pertenecía al mundo de los vivos. Su respiración débil y entrecortada me demostró que sí. Murmuró con voz débil las siguientes palabras, casi ininteligibles, que fueron las últimas:

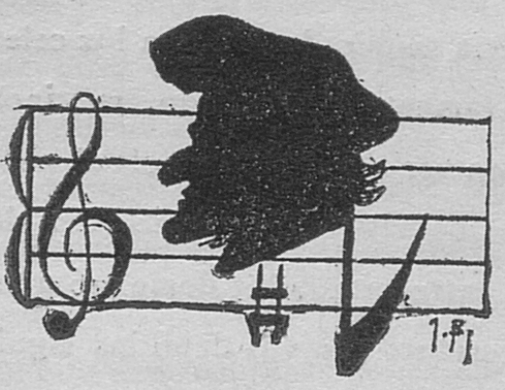
—¡Regocijáos, creyentes: los goces que os esperan son grandes!

Luego calló; su mirada se apagó,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

y una sonrisa llena de dulzura iluminó su pálido rostro.

Le cerré los ojos y rogué á Dios que me concediera una muerte semejante á la suya.



© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

V

¡Quién sabe lo que era esa criatura que huía sin dejar ningún rastro? ¿Sería un Mozart, un Beethoven? ¡Quién puede saberlo y quien podrá contradecirme si afirmo que con ese hombre sucumbió un artista que hubiera maravillado al universo con sus obras, si no hubiese muerto de hambre! ¿Quién podría probarme lo contrario?

Ninguno de los que le acompaña-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ron á su última morada pensó en sostener esta tesis; verdad es que no eran más que dos, un pintor y un filólogo. Los demás, todos faltaron, unos por un motivo, otros por otro. Al llegar al cementerio nos fijamos en un hermoso perro que se acercó á olfatear el ataúd. Reconocí al animal, miré á mi alrededor y percibí al altivo inglés montado á caballo que miraba sin comprender aquella escena, se apeó, y dando el caballo á un criado, se unió á nosotros.

—Señor, ¿á quién entierran ustedes?—me dijo.

—Al dueño de vuestro perro.

—¡Goddam!; me es muy desagradable que este señor haya muerto sin recibir el precio de su perro! Lo he buscado por todo París inútilmente para entregarle su dinero, á pesar de que este animalito no deja

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

de aullar siempre que hago mis ejercicios musicales; pero, en fin, yo repararé en lo posible el perjuicio ocasionado, haciendo colocar una lápida sobre la sepultura del *honorable gentleman*.

Luego montó á caballo y fuese, mientras su perro olfateaba la fosa con una triste curiosidad.

Sólo me falta ejecutar su testamento. Publicaré bajo el título de «Caprichos estéticos de un músico», el diario del difunto, por el cual un editor ha prometido dar una buena suma, teniendo en cuenta el destino honroso de este dinero. En cuanto á las partituras que componen el resto de sus bienes, están á la disposición de los señores directores de ópera, los cuales pueden dirigirse por carta sin franquear al ejecutor testamentario.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

EL MÚSICO Y LA POPULARIDAD

CAPRICHOS ESTÉTICOS

EXTRACTO DEL DIARIO

DE UN MÚSICO YA DIFUNTO

A veces, cuando estoy solo, cuando vibran en mi pecho las fibras musicales, cuando los sonidos confusos y diversos se agrupan en acordes y siento surgir la idea musical; cuando el entusiasmo me inflama, ha-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

ciendo latir mis arterias en pulsaciones violentas, y brotar de mis mortales ojos lágrimas divinas, me pregunto: «¿No soy un loco, un verdadero loco, al no vivir siempre así conmigo mismo; al abandonar estas felicidades antiguas y lleno de vanidad producir para un público cuyos juicios y sufragios no podrán compensarme, por muy grandes y unánimes que sean, ni la centésima parte del placer que siento en la práctica de mi arte rodeado de una absoluta soledad?»

¿Por qué los mortales privilegiados, en cuyo corazon arde el fuego de la inspiración divina, abandonan su santuario?

¿Por qué corren anhelantes por las calles llenas de lodo, buscando con inquebrantable tenacidad á esos hombres aburridos y estragados para sacrificarles á vil precio una dicha inefable?

¡Qué esfuerzos, qué lucha, que agitación para conseguir el momento oportuno de hacer este sacrificio!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

¡Qué maquinaciones, cuánta intriga, para hacer entender al hombre vulgar lo que nunca podrán apreciar su mezquino cerebro ni su alma marchita?

¿Es que acaso temen que se interrumpa para siempre la historia de la música? ¿Por eso borran de sus corazones las más hermosas páginas de su propia historia, rompiendo el lazo divino que hubiera ligado de siglo en siglo sus generosos corazones?

Debe de existir seguramente un poder oculto é inexplicable, al cual yo mismo estoy sujeto, que nos induce á buscar afanosamente la popularidad, afán que, cuanto más pienso, menos me explico. ¿Es ambición, es deseo de bienestar? Motivos poderosos, sin duda alguna; pero á los cuales no sucumbe el verdadero genio, y que cualquiera hombre descarta en sus momentos de entusiasmo.

En la vida ordinaria es muy lógico que se ceda ante estos motivos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

cuando se trata, por ejemplo, de un buen almuerzo ó de un laudatorio artículo de periódico; pero jamás cuando para ello haya necesidad de sacrificar los grandes y puros goces del espíritu. Para los corazones altruístas bien pudiera ser el deseo de dar parte á sus semejantes en sus divinos éxtasis. Desgraciadamente, el artista no conoce el mundo ni lo ve tal cual es; todos los hombres se le figuran de su propia talla, olvidando que sólo existe una Humanidad á la última moda, con fracs y trajes de seda.

Esta desordenada y funesta ansia de popularidad es tan viva y apremiante, está tan encarnada en e alma del artista, que, aun en las horas en que cesó toda inspiración, todavía le roe el pecho, convirtiéndose entonces en ambición prosaica. ¡Ambición maldita, perniciosa ambición, tú eres la que nos induces á destruir nuestros santuarios llenos de poesía! ¡Tú, tú eres la que nos impulsas á mancillar con impíos adornos un

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

canto, un puro acorde, á encerrar un pensamiento vigoroso y amplio en un lecho mezquino de imbecilidades y cadencias!

¡Oh, vosotros, *felices desdichados*, los de faz hundida y pálida, los de ojos cansados! Estáis consumidos, rotos, muertos por el soplo abrasador del trabajo, y todo para que el público os aclame, lleno de entusiasmo, ante la cubierta embustera con que presentáis vuestra poesía, disfrazada en un momento de cálculo y reflexión, temerosos, sin duda, de que, mostrada en toda su desnudez, tuviese que huir avergonzada ante la rechifla del vulgo.

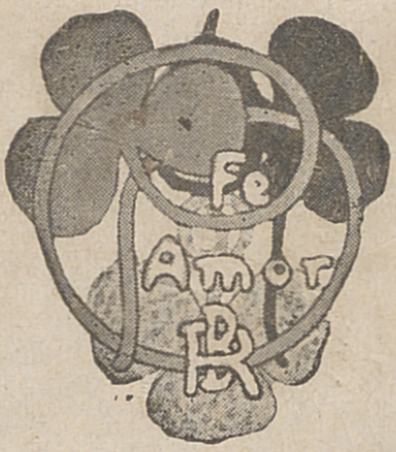
¡Ah, si todos fueseis mis hermanos, mis amigos, os haría una deliciosa proposición, nos comprometeríamos á hacer música por nuestra cuenta, ejerciendo á la par cualquier oficio lucrativo ó especulando en operaciones bursátiles! Seríamos entonces completamente dichosos. Voy á daros un ejemplo. Son las dos: hora propicia para ir á la Bolsa. Que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

las operaciones salen mal, pues nada, os dedicáis á escribir *quadrilles*, cosa que, afortunadamente, nada tiene que ver con la música.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2024

400.



75 céntimos.